reciéndolo mucho, iba ganando con todos grande opinion y estima. Porque como ella decia á sus confesores claramente las mercedes que Dios la hacia, y aun algunas veces á otras personas de espíritu ó de letras, porque la apretaba mucho aquella fortísima tentacion de temer no fuese del demonio lo que vía claramente ser de Dios cuando estaba sin ella, y mucho mas cuando estaba gozando de aquellos celestiales regalos, estos lo iban diciendo á otros, y así se iba siempre acrecentando su fama. Con esto, señoras de autoridad la deseaban mucho tener algun dia consigo, y pedíanselo á su Provincial, y eran las personas tales, que no se les podia negar, y así la era forzoso salir muchas veces de su Monasterio.

CAPITULO XIII.

Del principio y ocasion que hubo para fundar el primer Monasterio de Descalzas, que fué san José de Avila, y cómo el Señor se lo mandó muchas veces, y de las persecuciones que por eso padeció, y cómo ya una vez se desbarató lo del Monasterio.

De la vida que en este tiempo hacia la Madre, se puede entender algo por una carta que escribió á una monja de otra órden, en que dice así: «Antes que fuesen comenzados estos Monasterios, estuve veinte y cinco años en uno á donde habia ciento y ochenta monjas; y porque estoy de priesa solo diré que á quien ama á Dios, todas esas cosas le serán cruz y para provecho de su alma, y no tocarán en dañarla, si V. m. anda con aviso de considerar que solo Dios y ella están en esa casa. Y mientras no tuviere oficio que la obligue á mirar las cosas, no se le dé nada de ellas, sino procurar la virtud que viere en cada una para amarla por ella, y aprovecharse y descuidarse de las faltas que en ella viere. Esto me aprovechó tanto, que siendo las que he dicho, no me hacian mas al caso que si no hubiera ninguna, sino provecho: porque en fin, señora mia, en toda parte podemos amar á este gran Dios. Bendito sea él, que no hay quien pueda estorbarnos esto.» Pero aunque en su Monasterio edificaba mucho, y hacia mucho provecho con el grande ejemplo que daba y con la luz que de sus obras salia,

por mas que la procurare esconder, todo eso era poco para lo que el gran Señor tenia determinado de hacer por medio de ella, y así poco á poco la comenzó á despertar y llamar á cosas mayores. Y porque veamos cuán maravilloso es Dios en sus obras, y cuán pequeños principios toma algunas veces para cosas muy grandes, el principio de los Monasterios que fundó la Madre Teresa de Jesus, fué este. Tenia una sobrina, á quien siempre quiso mucho, llamada doña María de Ocampo, que despues vino á ser monja Descalza, y se llamó María Bautista y ha sido priora del Monasterio de las Descalzas Carmelitas de Valladolid muchos años con mucha religion. Entonces andaba muy llena de estas que llaman galas, y para andarlo tenia ingenios estraños é invenciones que espantaban. Estando, pues, ella por seglar en la Encarnacion una noche en la celda de su tia con una hermana suya y otras parientas y sobrinas de la Madre, parte seglares y parte monjas, y con Juana Suarez, aquella grande amiga de la Madre, de quien arriba dijimos, comenzaron á hablar en burlas que era vida penada la que en aquella casa se pasaba, por haber tanta gente; y al punto salió doña María de Ocampo, y dijo: Pues vámonos las que estamos aquí á otra manera de vida mas solitaria, á manera de ermitañas. Como aquella palabra era de Dios, sin entenderlo ella, no la dejó caer en tierra, antes fué bien recebida y dió gusto á todas. Y de palabra en palabra se fué aquella noche en dar trazas cómo se haria un Monasterio pequeño de pocas monjas, y lo que podria costar. Doña María dijo que daria para ello mil ducados de su legítima, y tomaba el negocio muy de veras, cosa que á la Madre dió mucho gusto ver que con tanto calor hablase en aquella nueva manera de vida, estando ella entonces en medio de toda su vanidad. Andaba entonces la Madre con unos nuevos deseos de penitencia y de soledad y de darse de nuevo á Dios, y andaba pensando qué haria por el Señor que con este fuego encendia su corazon. Habíala quedado todo esto de una temerosa y maravillosa vision, en que el Señor la habia mostrado el lugar y tormento que en el infierno le estaba aparejado,

si fuera por el camino que habia en otro tiempo comenzado. Esta, aunque es muy digna de contarse y de saberse, dejo de escribirla, porque la escribió la misma á la larga en el capítulo 32 de su vida. Habíase determinado en que lo que la convenia era responder á su llamamiento, y guardar la regla de su religion con la mayor perfeccion que pudiese, y parecíala que aunque en el Monasterio, donde entonces estaba, habia muchas siervas de Dios, era menester para lo que ella deseaba mas encerramiento y soledad. Pues como el Señor la habia ya comenzado á disponer de la manera dicha, y oyó lo que aquellas doncellas trataban, holgóse mucho de ello y guardólo en su corazon. Luego la vino á ver una señora principal amiga suya, y como riéndose la comenzó á decir: Estas doncellas estaban poco há tratando que hiciéramos un pequeño Monasterio, como á manera de las Descalzas de san Francisco, y daban esta traza y esta. Doña Guiomar no lo tomó como burla, sino con muchas veras salió á ello, diciendo que se hiciese, y daba órden como se le pudiese dar renta. La Madre Teresa de Jesus, aunque lo deseaba, por otra parte entraba la tentacion, porque estaba contentísima en la casa en que estaba, y la celda que tenia estaba hecha muy á su propósito, y hacíala algo detener, y en fin, las dos se concertaron de encomendarlo mucho á Nuestro Señor. Otro dia habiendo comulgado, mandóla Jesucristo Nuestro Señor que con todas sus fuerzas procurase hacer aquel Monasterio, prometiéndola que no se dejaria de hacer, y que Su Magestad seria muy servido en él, y mandó que se llamase san José; y dijo que el santo José estaria á la una puerta y su Madre Santísima á la otra, y las guardaria y andaria con ellas, y seria este Monasterio una estrella que diese de sí gran resplandor. Por donde despues la Madre puso sobre la portería á Nuestra Señora y á san José. Dijo mas, que no pensase que aunque las religiones estaban relajadas, se servia poco de ellas, y que qué seria del mundo si no fuese por los religiosos; que dijese esto á su confesor, y que queria que no fuese contra ello ni lo estorbase. La habla fué

de manera y dejó en su alma tales efectos, que no pudo dudar sino que habia sido el Señor el que la hablaba. Con todo esto la dió este negocio grandísima pena, porque se le ofrecian muchos de los trabajos que despues en la ejecucion de él padeció, y haciasela de mal dejar su casa, donde tan bien se hallaba, y pareciala que ya no era esto cosa de voluntad como antes, sino que la obligaba el Señor, y que se metia en grandes ruidos y desasosiegos, y no sabia qué se hacer. El Señor, que no queria que se dejase, tornábala muchas veces á hablar en ello, y traíala muchas razones que no tenian respuesta; y viendo claramente ser esta la voluntad de Dios, no osó contradecirla, sino escribe todo lo que habia pasado y dalo á su confesor, que era el Padre Maestro Baltasar Alvarez. El, como era muy cuerdo y temeroso de Dios, no la quiso decir claramente que lo dejase, aunque le parecia que era cosa que no llevaba camino, por no haber con qué lo hacer, sino muy poco, y respondió que lo tratase con su Provincial, que era el P. Fr. Angelo de Salazar, é hiciese lo que él la dijese. Entonces fué aquella señora que dijimos á hablar al Padre Provincial, y díjole que ella queria hacer este Monasterio, y él vino muy bien en ello, y la dió el favor que era menester, y dijo que admitiria la casa. Antes de esto habian escrito al P. Fr. Pedro de Alcántara todo lo que pasaba, y respondió que no le dejasen de hacer, y dióla su parecer en todo, y al obispo escrebió sobre ello, como despues diré. Como este negocio llevabá alguna manera de hacerse, el demonio, que adevinaba el daño que de allí le podia venir (aunque nunca creo yo temió él tanto cuanto le ha venido y verná), levantó una gran borrasca en toda la ciudad, porque en comenzándose á saber, en todos los corrillos se hablaba de ello, y se reian y decian que era disparate, y que bien se estaba la monja en su Monasterio, y de ella y de su compañera decian muchas cosas de esta manera, y padecian gran persecucion. Al contrario, el Señor la esforzaba, decíala veria lo mucho que habian pasado los santos que fundaron las religiones, y que mucha mas persecucion habia de pasar de lo que ella podia pensar.

En esto andaba la ciudad llena de aquello, y ni de seglares ni de religiosos habia casi quien no estuviese contra ellas. Llegó la cosa á términos que yéndose doña Guiomar á confesar la mañana de Navidad con un confesor que yo conozco bien, nunca la quiso absolver si no lo dejaba, porque decia que estaba obligada á quitar el escándalo. Ellas quisiéranse valer para esto de los de la Compañía; pero parecióla á doña Guiomar con el amor que les tenia, que habia poco que eran venidos á aquella ciudad, y eran pobres y tenian necesidad del favor y amor de todos, y que si en esto se metian se harian muy odiosos á la ciudad, y que seria mejor valerse de otro, como ella me lo ha dicho á mí, y vánse las dos á santo Tomás, Monasterio principal de la órden del glorioso Padre santo Domingo, y hablaron al Padre presentado Fray Pedro Ibañez, hombre de muchas letras y de mucha religion, y dánle cuenta de todo y piden su parecer. Las revelaciones que la Madre habia tenido, no se las quiso decir, porque en este negocio y en los demás que hubo de hacer, no queria que la cosa se llevase por revelacion, sino representaba las razones que para ello la movian y los bienes que de allí se podian seguir, y dejábales que juzgasen como si fuera puramente consejo humano, y no se hubiera Dios metido en él, y así lo hizo entonces. El Padre, como hombre tan cuerdo, y como lo pedia la cualidad del negocio (aunque á él le parecia tan disparate como á los demás, y tenia intencion de estorbárselo, como él lo dijo despues), no dió luego la respuesta, sino pidió ocho dias de término para encomendarlo á Dios y pensarlo. Poco despues le vino un recaudo de un caballero de la ciudad, que mirase bien lo que hacia y que no las ayudase, y cosas de esta manera. En comenzando á mirar el negocio el P. Fr. Pedro Ibañez, luego comenzó á ser de otro parecer y á juzgar que era cosa de mucho servicio de Dios y que no se habia de dejar de hacer. Y en fin, las respondió que se diesen priesa á hacerlo, y diólas órden de cómo se habia de hacer, y dijo que aunque la hacienda fuese poca, tuviesen esperanza en el Señor, y que quien aquello contradijese, fuese á él, que él responderia. Consoláron-

se mucho con esto y con que aquellos siervos de Dios, que antes eran contrarios, ya no lo eran, sino antes ayudaban. Y compraron una casa pequeña, que es donde ahora es el Monasterio, y la Madre estaba con ella contenta (aunque no bastaba para lo que se pretendia), porque el Señor la habia dicho que entrase como pudiese, y que despues veria lo que él hacia. Estando ya hecha la compra y habiéndose de hacer el dia siguiente las escrituras, como en la ciudad se murmuraba tanto de esto, y en el mismo Monasterio de la Encarnacion habia tantos dichos y tanto alboroto, al Padre Provincial le pareció cosa recia ponerse contra tantos; y dijo á doña Guiomar que no podia admitir aquella fundacion, porque la renta era poca y no segura y la contradiccion mucha. Habíala costado muchos trabajos y aflicciones á la Madre Teresa de Jesus traer el negocio á los términos en que estaba; y con todo eso alzó la mano dél con tanta facilidad y paz de su alma, como si no la hubiera costado nada, porque contra la voluntad de su Provincial ella no queria hacer nada, ni contra el P. Baltasar Alvarez, su confesor, que luego en sabiendo la voluntad de su Provincial, la dijo que no entendiese mas en ello. Si antes se habia dicho mucho, con esto se comenzó á decir mucho mas, porque les pareció que se confirmaba bien con aquello lo que ellos antes habian dicho, que eran disparates de mujeres, que solo por su parecer salian con aquella invencion. En su Monasterio estaba tambien muy mal quista, decian que las afrentaba, y que allí podia ella servir á Dios como le servian otras mejores que ella, y cosas semejantes, y aun algunas decian que la echasen en la cárcel. Ella lo sufria todo con mucha paciencia dando las razones que para ello tenia; pero callando siempre la principal, que era ser cosa mandada por el Señor. Y con parecerla que habia hecho lo que era en sí para cumplir lo que su Señor la habia mandado, quedó muy sosegada y dejólo del todo; pero no la esperanza de que se habia de hacer, aunque estaba tan desbaratado que no via por dónde.

CAPITULO XIV.

De cómo su confesor la estorbó la fundacion, y el Señor la consoló y mandó esperar hasta su tiempo, y despues dió á entender al Padre de la Compañía que la confesaba, que queria que se hiciese, y ella tornó á tratar de ello, y de una cosa notable que en esto aconteció.

Mas que todo esto sintió ella el trabajo que la vino de donde esperaba el consuelo, porque la escribió el Padre Baltasar Alvarez, que ya por lo que habia sucedido veria que era todo sueño, y que se enmendase de allí adelante en no querer salir con nada, ni hablar mas en ello, pues via el escándalo que se habia levantado. Dióla esto tanta pena, porque se comenzó á temer si habia ella sido ocasion de que Dios hubiese sido ofendido, y decia entre sí, que si las visiones que acerca de esto habia tenido eran falsas, toda la oracion que tenia era engaño, y apretábala fuertemente el demonio con la acostumbrada tentacion de temor. Pero tras estos nublados muy escuros, vino luego gran serenidad con la habla del Señor, que la esforzaba, diciéndola que no se fatigase, que mucho servicio le habia hecho y no ofendídole, que hiciese por entonces lo que la mandaba su confesor, hasta que fuese tiempo de tornar á ello. Con esto quedó tan consolada, que todo la parecia nada cuanto sobre ella habia venido; y sin esta vez otras muchas la consoló el misericordiosísimo Señor, que parecia quererla con una manera

de ternura, que no le sufria el corazon verla mucho desconsolada.

Lo que de todo esto sacó, fué crecer en ella el amor de Dios y otros dones maravillosamente, y tener aquellas avenidas de este amor con mayor fuerza que antes y mayores arrobamientos. Entretanto, el bendito Padre Fray Pedro Ibañez, que siempre tenia por cierto que aquello se habia de hacer, trataba de ello con aquella señora viuda, porque la Madre no queria entender en ello por no ir contra obediencia de su confesor, y escribian á Roma sobre ello. Lo que ella trataba con él, era darle cuenta de su oracion y revelaciones, y de todo lo demás que del Señor recebia, rogándole mucho que lo mirase bien, y la dijese si habia en ello algo contra la Sagrada Escritura, y á él le pareció bien todo y la sosegó. Pasaron así cinco ó seis meses sin que ella entendiese ni hablase en el monasterio, y sin que el Señor la mandase cosa que á eso tocase. Al fin de este tiempo vino por Rector del colegio de la Compañía de Jesus el Padre Gaspar de Salazar que hoy vive en la provincia del Andalucía, y segun despues se vió, era necesaria su venida para que se tornase otra vez á tratar del negocio. La causa de esto es que el Padre Baltasar Alvarez era ministro de aquel colegio, y como en la Compañía se usa tanto el dar cuenta á los superiores de los negocios que tratan, y no menearse sin su parecer, hacíalo así este Padre: y su Rector, que no estaba bien en este negocio, debíale de ir algo á la mano, y así él, aunque deseaba que fuese aquello adelante, íbase deteniendo y no se osaba en algunas cosas determinar. Antes que el Padre Salazar viniese á Avila, estando la Madre un dia en oracion con grande afliccion por parecerla que su confesor no la creia, díjola el Señor que no se fatigase, que presto se acabaria aquella pena. Ella pensó que se acabaria con la muerte, y que estaba ya cerca, y andaba con eso muy contenta; mas el Señor, que la tenia guardada para cosas de mayor gloria suya, pensaba otra cosa muy diferente, y cuando ella pensaba que acababa, queria él que comenzase. El suceso declaró esta profecía, porque por él vió que aquella su fatiga se habia de

acabar con la venida de este Rector del colegio de san Gil. Como vino, la dijo el P. Baltasar Alvarez que tratase con él de sus cosas con toda libertad y claridad, y ella lo hizo de muy buena gana, de donde se siguió á su alma gran provecho y consuelo. Como el Rector entendió todo por donde iba, no iba á la mano en cosa al Padre Baltasar Alvarez, antes le decia que la confesase, y que no habia que temer que no la llevase por camino tan apretado, que dejase obrar al espíritu de Dios. Desde á poco torna el Señor á mandarla que trate de la fundacion del Monasterio, y que diga á su confesor y al Rector algunas razones para que no lo estorben. El Rector miraba el negocio con mucho cuidado, y no dudaba ser aquello espíritu de Dios, y en fin, ni él ni el ministro se atrevieron á estorbárselo. Vino el ministro á entender la voluntad de Dios de esta manera: Dijo un dia Nuestro Señor á la Madre Teresa de Jesus: Dí á tu confesor que tenga mañana su meditacion sobre este verso: *¡Quam magnificata sunt opera tua, Domine, nimis profundæ factæ sunt cogitationes tuæ?* Que son palabras del salmo 91, y quieren decir: Cuán engrandecidas son, Señor, vuestras obras; muy hondos son vuestros pensamientos. Escribióle luego un billete que contenia lo que el Señor la habia dicho. El lo hizo así, y como á los Magos, que sabian de estrellas, enseñó el Señor por estrella, ordenando todas las cosas con suavidad, así á los hombres de oracion les suele por ella comunicar mucha luz. Así aconteció al Padre Baltasar Alvarez, porque tan claramente vió ser aquello lo que Dios queria, meditando en aquel verso, y que por medio de una mujer habia de mostrar sus maravillas, que luego la dijo que no habia que dudar mas, sino que volviese á tratar de veras de la fundacion del Monasterio. Esto sé yo de un Padre de la Compañía, digno de toda fé, á quien aquella misma tarde el Padre Baltasar Alvarez mostró el billete que la Madre le habia enviado. Con esta respuesta la Madre, que ya estaba descuidada de la obra, y solamente atendia al provecho de su alma medrando cada dia y enriqueciéndose con las verdaderas riquezas, tornóse á poner en cuidado, aunque via bien que se

ponia á mucho trabajo por ser la cosa en sí tan dificultosa y ella tan sola, y tener tan poco con que hacer el Monasterio. Buscó con mucho trabajo los dineros que pudo para comprar la casa donde ahora es el Monasterio; y porque convenia mucho que se hiciese todo con mucho secreto (porque á saberlo el Provincial, se desbaratara todo), tomó con su gran prudencia una traza muy á propósito, que fué esta: Tenia en Alba á su hermana doña Juana de Ahumada, casada con Juan Ovalle; hácele á él venir á Avila y comprar la casa como para sí, y poco despues vino su mujer tambien, que fué á diez de agosto de mil quinientos sesenta y uno, y comenzaron á labrar en ella. Con esto íbase haciendo algo; y ella, teniendo allí su hermana, tenia ocasion con que haber licencia para salir de su Monasterio y ver lo que era menester para la obra, y lo que se hacia, y dar priesa en ella. Porque en todo lo que trató de esta fundacion desde el principio hasta el cabo, con su gran prudencia y santidad, y principalmente con Dios, que no la dejaba de la mano, guió siempre las cosas de tal manera, que nunca por ellas faltó un punto á la obediencia que segun las reglas de su religion debia á sus perlados, aunque lo deseaba tanto, y aunque el Señor tantas veces se lo habia mandado, que verdaderamente pone admiracion y espanto. Ayudábala una señora amiga suya en lo que podia, pero era poco, y así cargaba todo sobre ella, que para persona tan recogida y que con tanto secreto lo habia de hacer, y si no perderse todo, fué un trabajo casi intolerable. Mientras duró esta obra, acontecieron algunas cosas harto de notar, que despues contaré. Una de ellas fué que teniendo ella una vez necesidad grande de traer unos oficiales, y no sabiendo qué se hacer porque no tenia con que los pagar, se le apareció el glorioso san José, con quien tenia particular devocion, y díjola que los concertase, que no la faltaria con que los pagar. No hubo menester mas con su gran fé: hácelos luego venir á trabajar, y íbala el Señor proveyendo de los dineros por manos de quien nunca los esperara, y todos los que sabian por dónde venian se espantaban; pero ella con la fé que tenia, todo le parecia muy posible.

CAPITULO XV.

De cómo se hacia la obra y de algunas cosas maravillosas que en aquel tiempo la acontecieron.

La obra se hacia poco á poco, pero la casa se le hacia á la Madre muy pequeña, como en la verdad lo era, tanto, que no hallaba dónde pudiese haber refectorio, ni dormitorio, ni parecia llevaba camino de Monasterio. Era menester para iglesia otra casilla que estaba allí junto, pero ni habia con que comprarla ni arte de haberle. Estando en esta duda y congoja, díjola el Señor un dia en acabando de comulgar estas palabras: Ya te he dicho que entres como pudieres. ¡Oh codicia del género humano, que aun tierra piensas que te ha de faltar! ¿Cuántas veces dormí yo al sereno por no tener á dónde me meter? Quedó de esto muy espantada, y vá á la casa y trázala, y halla que se podia hacer Monasterio, aunque muy apretado, y no curó de buscar mas sitio, sino procurar que se labrase todo tosco, cuanto bastase á poder vivir. Púsola mas ánimo para todo, que un dia de la gloriosa vírgen santa Clara, yendo á comulgar se le apareció esta vírgen con gran hermosura, y la dijo que se esforzase y fuese adelante con lo comenzado, que ella la ayudaria. Y salió esto tan verdadero, que del Monasterio de santa Clara, que se llama santa María de Jesus, las ayudaron despues algun tiempo á sustentar. Mas otra vision la vino despues que la animó mas. Andaba en este tiempo pensando á quién seria bueno